

siego los reprendió por llamar saltar caminos a *socorrer a los miserables, alzar los caídos, remediar los menesterosos*. Y allí, arrogante y noble, invocó su fuero de Caballero andante, cuya *ley es su espada, sus fueros sus bríos, sus premáticas su voluntad*.

«¡Bravo, mi señor Don Quijote, bravo! La ley no se hizo para ti, ni para nosotros tus creyentes; nuestras premáticas son nuestra voluntad. Dijiste bien; tenías bríos para dar tú solo cuatrocientos palos a cuatrocientos cuadrilleros que se te pusieran por delante, o por lo menos para intentarlo, que en el intento está el valor».

Larga la cita... Pero, no! Pedazos así de alma no tienen medida, ni pueden ser fragmentados. Aparte de que no dejan sentir su largura, tan deliciosos nos resultan y tan sugestivos y tan encantadores.

Así hace sus comentarios este maravilloso exégeta del Evangelio de la Espiritualidad.

Nos pone frente a Don Quijote y Sancho y nos hace oír el más hermoso de los diálogos, un diálogo entre él y ellos, entre su espíritu y el espíritu del libro.

Nada tiene que ver Unamuno con los raquíuticos Clemencines de antaño y de ogaño.

Para leer a Cervantes no se pone las antiparras de la gramática, ni trae a cuento a griegos y a latinos.

Afirma, sí, su sinceridad, le da todo el vigor posible, y pone en función toda su sabiduría, pero su sabiduría, la realmente suya, no la que le dieron los libros, que, con ser mucha, resulta pobre ante las riquezas de su entendimiento. Y armado de estas armas, armado Caballero, se adelanta a ejercer la alta caballería del pensador, convirtiendo la fábula en realidad, buscando en la vida la interpretación de lo que dicen los personajes de la novela, buscando en la propia vida española, lo que intonsos comentaristas de campanillas buscan en el mismo libro.

A nadie se le ha ocurrido—tal vez se haga cuando haya muerto el maestro, que la tumba tiene curiosas claridades—entresacar de ese libro único en la literatura española las verdades que contiene, los pensamientos que lo integran. Sería, sin duda, lo más interesante, lo más original, lo más penetrante de toda su obra. Una continuación breve, profunda, luminosa del *Idearium* de aquel genio malogrado que ahogó en el Riga su juventud y su dolor.

Ese libro ya no sería un diálogo, sería un monólogo, sobre las más serias preocupaciones de la vida, de la suya y de la de su pueblo, libro nutrido de ideas, parco en palabras, rico de todas las riquezas del espíritu.

En su portada yo escribiría estas palabras del maestro:

«El arte no puede, ni debe ser alcahuete de la mentira; el arte es la suprema verdad, la que se crea en fuerza de fe. Ningún embustero puede ser poeta. La poesía es eterna y fecunda como la visión; la mentira es estéril como una mula y dura menos que nieve marzera».

Porque ese libro sería, todo él, poesía, pura poesía, es decir, «suprema verdad»!

2

Unamuno al hacer, a su modo, el comentario de la vida de Don Quijote, ve alzarse al lado del Caballero de la Espada, la descarnada figura de ese otro Caballero de la Cruz, que se llamó Don Iñigo de Loyola.

Le obsesiona el paralelo espiritual entre estos dos hombres, cuyas aventuras parecen igualmente fabulosas. Y acudiendo ya a Cervantes, ya a Rivadeneira, va estableciendo, a lo largo del libro, el parentesco que les aproxima y casi les confunde en una sola locura, en una sola mística exaltación de la fe.

En el capítulo primero establece el parecido físico. En el segundo parangona la salida inicial de Don Quijote y la del Santo de Loyola.

«No os recuerda», dice, «esta salida la de aquel otro caballero, de la Milicia de Cristo, Iñigo de Loyola, que después de haber procurado en sus mocedades «de aventajarse sobre todos sus iguales y de alcanzar fama de hombre valeroso, y honra y gloria militar», y aún en los comienzos de su conversión, cuando se disponía a ir a Italia, siendo «muy atormentado de la tentación de la vana gloria», y habiendo sido, antes de convertirse, «muy curioso de leer libros profanos y de caballerías», cuando después de herido en Pamplona leyó la vida de Cristo, y las de los Santos, comenzó a «trocársele el corazón y a querer imitar y obrar lo que leía»? Y así, una mañana, sin hacer caso de los consejos de sus hermanos, «púsose en camino acompañado de dos criados» y emprendió su vida de aventuras en Cristo, poniendo «todo su cuidado y conato en hacer cosas grandes y muy dificultosas...» Así nos lo cuenta el P. Pedro de Rivadeneira, en los capítulos I, III y X del libro I de su *Vida del Bienaventurado Padre Ignacio de Loyola*, obra que apareció en romance castellano en 1583, y era una de las que figuraban en la librería de Don Quijote, que la leyó, y una de las que en el escrutinio que hicieron el cura y el barbero fue indebidamente al fuego del corral, por no haber ellos reparado en ella, que a haberla descubierto habríala el cura respetado y puesto sobre su cabeza. Y de que no reparó en ella, es buena prueba el que Cervantes no la cita».

En el capítulo III, al estudiar cómo Don Quijote se armó caballero, escribe:

«Y aquella vela de armas ¿no os recuerda la del Caballero andante de Cristo, la de Iñigo de Loyola? También Iñigo, la víspera de la Navidad de 1522, veló sus armas ante el altar de Nuestra Señora de Monserrate. Oigámoslo al P. Rivadeneira: «Como hubiera leído en sus libros de caballerías que los caballeros noveles solían velar sus armas, por imitar él, como caballero novel de Cristo, con espiritual representación, aquel hecho caballeroso y velar sus nuevas y al parecer pobres y flacas armas,

mas en hechos de verdad muy ricas y fuertes, que contra el enemigo de nuestra naturaleza se había vestido, toda aquella noche, parte en pie y parte de rodillas, estuvo velando delante de la imagen de Nuestra Señora, encomendándose de todo corazón a ella...»

Y de esta guisa sigue parangonando a los dos andantes caballeros que, por tan distintos caminos, iban empujados por el mismo heroísmo, en pos del mismo fantasma luminoso.

La verdad es que, después de Don Quijote, San Ignacio es el más sorprendente caballero de la historia española. Y digo de la historia porque el santo está tan bien en la novela, como el andante caballero en la historia. El mismo Unamuno afirmó al guaa vez que Don Quijote tiene más sabor de realidad que Cervantes, de tal manera que se podría probar que el que existió fue el primero, y el fabuloso el segundo. Tal vez estaría mejor decir que el que existió fue Cervantes, del que Don Quijote fue solo un disfraz. Y podría en este caso rectificarse el paralelo con el santo, estableciéndolo entre Cervantes y Loyola, esos dos caballeros andantes del ideal, conquistadores de la vasta heredad del espíritu.

Oid, una vez más, al agudo Ganivet:

«Y tan conquistadores como Cortés o Pizarro son Cervantes, preso en Argel y comprometiendo en una rebelión por España, y San Ignacio de Loyola, otro oscuro soldado, que con un puñado de hombres acomete la conquista del mundo espiritual.»

Antes que a Unamuno se impuso, pues, al pensador granadino tan trágicamente desaparecido, la afinidad de aquellas dos almas, destellos de una misma pasión, llama viva de la misma fe.

Pero lo curioso, lo sorprendente es que, siglos antes, un escritor extranjero, extraño a las intimidades del espíritu español, sorprendió, el primero, el parentesco entre el Santo guerrero y el guerrero santo que el maestro salmatino vincula estrechamente en su libro.

Es Voltaire el que escribió lo que vais a leer en su *Diccionario filosófico*, al estudiar a Loyola:

«Para conquistar gran fama y ser fundador, os aconsejo que seáis locos, pero que vuestra locura sea oportuna en la época en que vivís. En vuestra locura debe haber un fondo de razón que dirija vuestras extravagancias y que os haga ser excesivamente terco. Podrá suceder que os ahorquen, pero si no os ahorcan debéis abrigar la esperanza de que os erijan altares.

«¿Podéis decirme en conciencia si hubo jamás en el mundo otro hombre más digno de la casa de Orates que San Ignacio, o sea Yñigo de Vizcaya, que era su verdadero nombre? Le trastorna el juicio la lectura de la *Leyenda Dorada*, como más tarde se lo trastornan a Don Quijote de la Mancha los libros de caballerías».

¡He ahí a Yñigo y a Don Quijote de bracerero en la prosa de Voltaire!